



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 50.

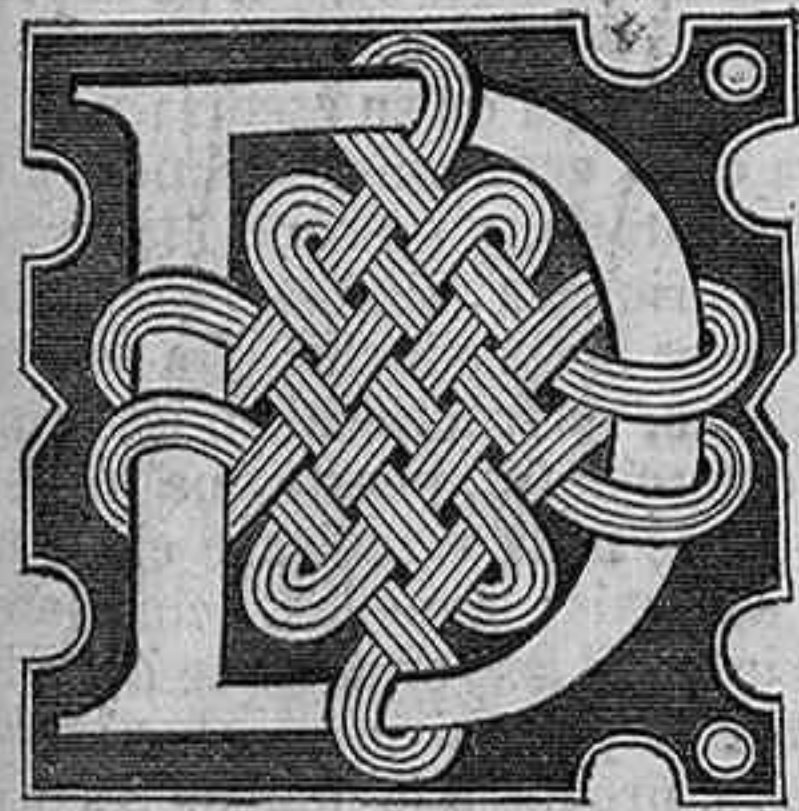
PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos 32 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 16 DE DICIEMBRE DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO X.

REVISTA DE LA SEMANA.



Debe haber salido de Roma, á la fecha en que escribimos esta revista, la mayor parte de las tropas francesas que la guarnecian, y dentro de breves días habrá terminado la evacuacion definitiva. De presumir es, y así lo indica toda la prensa, que se haya concertado entre las potencias católicas, para someterlo al examen del gobierno pontificio, un proyecto de arreglo, que consiste en formar una lista civil, ó dotacion, para el Santo Padre, con el concurso de aquellas mismas potencias, y asegurada con todas las garantías apetecibles. A facilitar este arreglo tiende el acuerdo del gobierno de Florencia, que, según despacho telegráfico del 7, parece se halla dispuesto á no insistir acerca del juramento de los obispos, ni del *exequatur*. También se dice que el gobierno del vecino imperio propone como medio de conciliacion entre Francia y Roma, que el municipio romano, que actualmente se llama Senado, tenga facultades gubernativas bajo la alta soberanía del Papa.

Aunque los periódicos semi-oficiales de Berlin niegan que Mr. de Bismark piense en dimitir la presidencia del Consejo de ministros, siendo reemplazado por el conde de Goltz, embajador de Prusia en Francia, es lo cierto que los rumores de dimision no cesan. Tal vez de esta suerte variasen un tanto las disposiciones belicosas en que estos dos paises se encuentran despues de la campaña cuyo héroe principal ha sido (¿quién tal pensara?) el fusil de aguja. La dimision de Bismark vendria, pues, á ser como una dedadita de miel dada á Francia, evitando quizá que, concluida

la Exposicion universal de París, comience otra en la que Francia exponga en los campos de batalla el fusil perfeccionado de Chassepot, ansiosa de conquistar el premio que en el pasado y nada pacífico certámen se llevó Dreyse.

El Parlamento de la Alemania del Norte tomará el título de Reichstag (Dieta del imperio), y lo presidirá, según se dice, Mr. de Savigny. Los Estados de Baviera, Wurtemberg, y tres quintas partes del gran ducado de Hesse componen la confederacion del Sud de Alemania, quedando fuera de ella y de la del Norte el ducado de Baden.

Continúan las prisiones de fenianos, que siguen inspirando serios temores al gobierno inglés, el cual no cesa de mandar tropas á Irlanda, con el fin de evitar desembarcos y sofocar cualquier movimiento revolucionario que pueda ocurrir.

La cuestion de la reforma electoral ha producido divergencias en el seno del gabinete inglés, con cuyo motivo se cree probable que algunos de los actuales consejeros de la Corona dimitan sus cargos.

Además de las que tomaron parte activa en la manifestacion reformista del 3, acudieron á presenciaria unas doscientas mil personas. Las principales resoluciones proclamadas fueron, en resumen, las siguientes:

1.º Recusacion de las acusaciones de embriaguez, venalidad y corrupcion contra las clases obreras; protesta contra las reconvencciones de indiferencia en materia de reforma parlamentaria; reclamacion del sufragio universal y del voto secreto.

2.º Votos de gracias á Mr. Gladstone, á Mr. Bright y á Mr. Mill, por la solucion que han suministrado al pueblo que no estaba representado.

3.º Votos de gracias á lord Ranelagh, por haber cedido su terreno, y también á los organizadores de la demostracion.

Telégramas recientes, aunque contradictorios como con frecuencia acontece, lejos de dar por terminada la insurreccion de Candia, revelan que cada vez se estiene de mas, y que va organizando sus fuerzas, aumentándolas con aventureros que de todas partes acuden en su auxilio. Garibaldi se propone, según aparece en una carta que ha publicado, dirigirse pronto al teatro de la insurreccion, la cual no falta quien presuma que está, mas ó menos secreta nente, favorecida por Rusia y los Estados- Unidos.

Con respecto á la asendereada cuestion de Méjico, nos limitaremos á manifestar por hoy á nuestros lectores, que uno de los últimos despachos telegráficos, trascribiendo algunas palabras de la *Correspondencia de Viena*, asegura que el conde de Bombilles ha salido para Gibraltar, con el objeto de recibir al emperador Maximiliano, quien debe llegar á bordo del *Dandolo*; añadiendo que Maximiliano no ha abdicado. La *France*, por su parte, corrobora la noticia, pues, refiriéndose á un despacho de Maximiliano, espedido, según todas las probabilidades, en 18 de Noviembre, desde Veracruz, el emperador de Méjico mandaba á los médicos de su esposa salir á su encuentro en el Mediterráneo, durante la segunda quincena del presente mes, avisando, además, que no se le enviasen ya cartas á aquella capital.

El presidente de los Estados- Unidos ha declarado, en un mensaje al Congreso, que se adhiere á la politica ya planteada, y aconseja á los representantes, que la acepten. Con motivo de haber anunciado Francia que aplazaria hasta la primavera la salida de sus tropas del territorio mejicano, el gobierno de aquella república ha hecho observaciones en contra, esperando que Francia las tendrá en cuenta y se conformará, en cuanto esté de su parte, con los compromisos actuales, correspondiendo así á las esperanzas de América.

En menos de seis meses que la Ristori está trabajando en Nueva- York, ha ganado unos dos millones de reales próximamente. A esta cantidad, próxima, probable y relativamente, por supuesto, ascenderian también las pérdidas de la empresa teatral que en Madrid se propusiera resucitar el género trágico en que aquella célebre artista sobresale, ó cultivar cualquier otro que traspasase el círculo de hierro que una multitud de circunstancias han trazado á la Melpómene y á la Talía españolas, hoy casi desconocidas y trasformadas en predicadoras ó en pobres mentecatas.

Doce volúmenes formarán las *Memorias* que, de su vida, se propone publicar Mr. de Lamartine! ¿Qué diablos le quedará que decir de sí á ese buen señor, despues de tanto como ya ha dicho en sus *Confidencias* y en otros muchos libros? Preparémonos á oír lo que le pasó en el seno materno, las impresiones que recibió al abrir los ojos á la luz del día, la fecha y el órden en que le fueron brotando los dientes y las muelas, y otra porcion de pormenores interesantes á la civilizacion y á la humanidad. Todo esto puede estar muy admitido

y hasta ser muy necesario en Francia, puesto que apenas hay allí zascandil que no haga lo mismo, cuanto mas Lamartine, que tanto vale; aquí, sería simplemente ridículo.

Ha muerto en Milan el duque Antonio Litta, generoso protector de los artistas, que hoy le lloran; nosotros en este particular vivimos sin temor alguno, y como no tuviéramos que llorar por otras cosas, á buen seguro que necesitaríamos nunca de pañuelo para enjugarnos el llanto.

En cambio, no tenemos que envidiar á París sus señoritas Emma Chenu y Maria Basetti, que acaban de recibirse de bachilleras en ciencias, y que, unidas á las que hay ya en letras, componen un crecido número. En todas partes hay bachilleras; el ramo en que lo son no hace al caso.

Dícese que no se ha concedido la licencia solicitada por unos empresarios españoles para dar corridas de toros en París durante la Exposición universal; ¡qué negativa tan elocuente!

La de bellas artes, no la negativa, sino la Exposición de Madrid, se cree que podrá inaugurarse á fines de enero, y que no desmerecerá ni en número de obras, ni en calidad, de las anteriores. Mucho celebraremos que así sea.

Con el título de *Los 300,000 duros! historia de un pobre hombre*, ha escrito don Julio Nombela, autor de *El bello ideal*, ingeniosa novela á que el público ha dispensado la mas favorable acogida, otra que, segun hemos oído, es un estudio de costumbres de la sociedad y de la época actuales, hecho bajo un punto de vista crítico, con el objeto de presentar en un cuadro sintético el espectáculo deforme de la farsa contemporánea. El asunto, que por sí solo ofrece ancho campo en que lucir su ingenio un escritor, es de esperar que haya sido tratado con el talento de quien ya conoce y aprecia el público varias producciones de este género.

Noches pasadas dió la señorita doña Teresa Carreño, célebre pianista y compositora venezolana, de trece años de edad, un concierto en el Conservatorio, donde justificó plenamente los elogios que de ella habia hecho la prensa de América y de Europa, colocándola á una altura donde pocos llegan. El Museo ha de dar en uno de los primeros números su retrato; para entonces aplazamos la publicación de otros detalles biográficos, en que se consignan los triunfos mas notables que ha conquistado en su carrera artística la interesante niña, que reúne en su persona el doble encanto de la belleza y del genio.

Treinta y cinco guitarristas y bandurristas tocaron tambien hace algunas noches en el Circo, bajo la dirección del señor Mas, varias piezas, con una maestría admirable, que les valió entusiastas aplausos. Dicese que estos profesores tienen proyectado un viaje á París para dar algunos conciertos durante la Exposición; creemos que si lo realizan, no lo perderán, tanto por lo bien que lo hacen, cuanto porque podrán dar á los extranjeros una idea de lo que es nuestra música popular, ejecutada en nuestros dos instrumentos verdaderamente nacionales.

El sueño de un rey, *Martirio y gloria*, son, entre algunas otras, las tres producciones dramáticas que los periódicos anuncian como dispuestas para representarse en Jovellanos, antes quizá de las próximas pascuas, pues para entonces se indican las siguientes: en el Príncipe, *Oros, copas, espadas y bastos*, de Larra, y *Quiero y no puedo*, de Eguilaz; en Jovellanos, *La estrella de Belen*, de Gutierrez de Alba, y *La rondalla aragonesa*, de Hurtado y Arce; en los Bufos Madrileños, *Los caballeros de la tortuga*, de Blasco; y en el Circo, *La pata de cabra* y *La almoneda del diablo*.

Las funciones de pascuas, son generalmente un parentesis en la historia de la literatura dramática, que en aquellos dias participa de la locura y el desorden permitidos, por una costumbre inveterada y disculpada, aunque si bien se mira, no disculpable. No hay, por regla general, período en el año cómico que mas utilidades produzca, así á las empresas como á los autores; no hay tampoco, salvas las escepciones, período mas estéril para las letras. Deseamos, pues, que el parentesis no se prolongue tanto, que, como ya ha sucedido en otras ocasiones, termine al finalizar la temporada; y que se escriba y se represente un poco mas por la gloria, y un poco menos por los maravedises.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESTADO DE LA ECONOMIA POLITICA

DESDE EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO HASTA NUESTROS DIAS.
(CONTINUACION.)

II.

Grecia y Roma con sus colosales empresas, y la Edad Media con sus guerras, Cruzadas, Córtes y Concilios, estendieron las relaciones sociales y crearon un poder regulador, en cambio del tiránico y arbitrario que antes existía; pero en el espacio de seis ó siete siglos no se encuentran vestigios de la verdadera ciencia econó-

mica. En la feliz época del Renacimiento, volvieron los italianos á ocuparse de ella, aunque con los malos resabios de sus antecesores, y dedicaron su actividad al estudio de los metales preciosos y el numerario. Dos razones poderosas les indujeron á obrar así: la primera, la necesidad de averiguar las causas de la alteración de la moneda, que tan gran perturbación causó á la fortuna pública y particular; y la segunda, la idea generalmente admitida desde tiempo inmemorial, de que el dinero era el signo mas evidente de la riqueza; porque como se habia visto que era el medio de acudir á la satisfacción de todas las necesidades, le juzgaron verdadera riqueza, sin calcular que sólo se empleaba en la adquisición de cosas verdaderamente necesarias á la vida.

La filosofía habia adelantado tambien, y al ocuparse los economistas de las cuestiones chrysológicas, naturalmente echaron de ver que estaban íntimamente ligadas con otras importantísimas que era forzoso estudiar, para comprender los fenómenos que observaban y evitar la repetición de los males ó atenuar sus efectos. Reunidas por Custodi aquellas primeras investigaciones, en 1582, Antonio Serre ensanchó poco despues el círculo vicioso en que se agitaron sus predecesores, y al tratar de averiguar las causas que pueden hacer que abunde el oro y la plata en los reinos, hizo consideraciones generales sobre la economía, que indudablemente facilitaron el camino á los que tras él vinieron.

El célebre Sully, ministro de Enrique IV de Francia, comprendió en sus *Economías reales* los gérmenes de la Economía política y de la ciencia de la administración; pero infatuado con la importancia de la balanza de comercio, creyó tambien que el sistema mercantil era el único remedio de los Estados; error que puede y debe disculparse, al ver que hasta en nuestros tiempos se ha sostenido con calor que ella es el único medio de calcular las fuerzas productivas de los países. Esto no obstante, hay que hacerle la justicia de confesar, que íntimamente convencido de la necesidad de nivelar los gastos públicos y de impulsar la agricultura y la ganadería, en sus Memorias, redactadas despues de la celebración de la paz, se ocupa muy por menor de las calamidades que afligian á Francia, y auxiliado eficazmente por el monarca, que no vaciló en admitir en su córte al célebre ministro de Felipe II, Antonio Perez, emprendió con ánimo resuelto la reforma de la hacienda francesa y tuvo el consuelo de ver cicatrizadas las hondas llagas que canceraban el corazón de su patria; pagó las enormes deudas que contrajera durante la guerra que tuvo que sostener, y cual nuestro marqués de la Ensenada, dejó repletas las arcas del tesoro. ¡Milagros de la ciencia y del saber, y portentos de la firme voluntad!

Pero el libro en que por primera vez se ve usada la palabra *Economía política* es el de Montchretienne de Watteville, titulado así, y publicado en Rouen en 1615, habiendo seguido sus importantes investigaciones sobre la agricultura, la industria y las manufacturas los italianos Broggia, Neri y Carli, y los franceses Boulterone, Leblanc, Poulin y otros varios. Como se ve, la ciencia progresaba ya, puesto que salía del reducido círculo en que la encerraran los primeros escritores, y se elevaba á las verdaderas consideraciones sobre las fuentes originarias de la riqueza.

Mas no por eso cejaron los opositores, sosteniendo, en Francia como en Inglaterra, lo mismo Bodin, Mun y Melon, que Becker, Schærder, Law, J. Steward y otros, que la felicidad consistía en vender cuanto mas se pudiese á las naciones comarcanas, y comprar lo menos posible, á fin de que entraran los mas caudales que se pudieran adquirir y que saliera sólo la cantidad de numerario estrictamente precisa, prohibiendo en su consecuencia la importación, bajo las penas mas severas. Como en aquella época se creía de buena fe que el país era el Estado, aserto combatido por nuestro Gerónimo de Cevallos, que pidió por aquel tiempo la creación de un erario público separado del peculiar del rey, se continuó pensando que la nación era mas rica cuanto mas metálico tuviera encerrado en las arcas públicas; procediendo como el avaro, que se recrea en contemplar sus tesoros improductivos y que representan la ruina de otras tantas familias, cuantas hayan sido las que negociaran con él. La ciencia de aquellos tiempos consistía en acumular riquezas, y buscaba con afán el modo de conseguirlo, empobreciendo la nación, que necesariamente habia de carecer de muchas cosas que no producía y tenia que pagar á peso de oro lo que se elaborara ó criara en el país.

III.

Los efectos de las malas costumbres inculcadas por el gentilismo y el error en el corazón de la sociedad, hicieron que el cristianismo tuviera que luchar material y moralmente para poder vencerlos y destruir las falsedades de la filosofía oriental y errores del cisma, que, empezado en el siglo IV, se reprodujo en el XI y XVI, dando lugar á los Concilios ecuménicos de Nicea y Trento; de modo, que al paso que tenia que combatir el principio fundamental de la filosofía asiática, que proclamaba el predominio de las castas y el empleo de la fuerza, se veia precisado á defender la pu-

reza y verdad de la doctrina evangélica, atacada por Arrio, Calvino y Lutero, que dieron al mundo el espectáculo de atacar el dogma divino del Crucificado por intereses puramente mundanos. Ni la sangre de tantos mártires, ni la sabiduría de tantos doctores que fueron la gloria del cristianismo, bastaron á imponer á la discordia que alzó atrevida la cabeza, cuando los cristianos daban los primeros pasos para destruir los efectos de la impostura y la violencia, y por lo tanto no habian aun tenido tiempo de desarrollar sus fraternales doctrinas y disciplinar sus instituciones; pero inaugurada ya la nueva via especulativa y enunciado el verdadero espíritu de la ciencia, sólo restaba fijar como principio inconcuso su unidad, para que perfeccionados ó desarrollados sus diferentes ramos, se consiguiera la reforma de la sociedad, viciada por la falsedad de la doctrina profana y por los halagos de una filosofía sensualista que no ponía coto á los placeres.

Poco á poco se iba caminando hácia el feliz resultado que se propone la ciencia moderna; y aun cuando las vicisitudes políticas de las naciones europeas ofrecían ocasion sobrada de encontrar la causa de sus calamidades, Boisguillebert y Vauban en Francia y Dormer y Osorio Redin en España, casi simultáneamente reclamaron de Luis XIV y Carlos II, la reforma de los abusos del fisco, movidos de la miseria pública que se ocultaba bajo el fausto de aquella córte singular, en donde se hallaban mezclados el saber con la superstición, el desenfreno con la rigidez de costumbres, y la lisonja con el frio y severo lenguaje de la verdad. Temeroso el primero de aquellos de no conseguir nada si pedia demasiado, y mucho mas tratándose de un reinado en que no valia pedir con razon, sino que era menester saber buscar los medios de pedir, ó bien preocupado con las ideas entonces en boga, se limitó sólo á recomendar al rey la reforma de la percepción de los impuestos; paso sumamente atrevido, atendidas las condiciones y alucinaciones de aquella época; pero que no era lo que se necesitaba. Mas esplicito el segundo, atacó el abuso en su raíz, y por esta razon fue mas importante su reforma.

Todos estos desvelos por el bien público hicieron idear á Quesnay el sistema fisiócrata ó agrícola, en oposición al mercantil ó financiero que se venia practicando en todas partes y dominó hasta mediados del siglo XVIII, á pesar de las observaciones de todos los hombres pensadores. Su doctrina, errónea como la anterior, porque era incompleta, fue un gran adelanto, sin embargo, pues no sólo sirvió de fundamento á la economía racional, sino que probó lo odioso y ridículo del monopolio sostenido por el sistema que tan acertadamente combatía y que tan funestos resultados habia dado en Francia, como en Inglaterra y España. William, Petty y Dudley-North indicaron los errores de la escuela mercantil; pero Quesnay los analizó, y destruyéndola, levantó en su *Cuadro económico* un nuevo edificio que, si no era perfecto, preparaba á la inteligencia al descubrimiento de la verdad. Sus *Máximas generales* de gobierno reducían la ciencia á meros cálculos, deduciéndose de ellos que la Economía política circunscribía su acción al conocimiento de la fuente primitiva de las riquezas, y concretándose al estudio del terreno le consideraba como el único origen de la prosperidad.

Limitada la ciencia económica en su esencia y en su objeto, la riqueza para estos economistas consistía en el provecho neto del propietario, y no concebían acrecentamiento posible en la riqueza, sino en el aumento de la utilidad líquida, pues los productos que pasaban á la industria ó al comercio, no fructificaban en manos de los industriales ó comerciantes, puesto que sólo sufrían una transformación que nada significaba en el aumento de la riqueza del país: aquellos pensadores, despreciando las cosas intangibles, creían que no habia riqueza mas que en lo real y positivo, y como observaban que la agricultura producía la mayor parte de las cosas necesarias para la vida, dedujeron que sólo ella era la fuente de la prosperidad y que fomentándola, aumentaban el bienestar general; primer paso dado para averiguar el verdadero origen de la riqueza.

Muchos fueron los que difundieron esta doctrina desde Morellet á Turgot, y consecuentes con sus principios como lógicos en sus apreciaciones, dividieron la población en tres clases: productora, propietaria y estéril, incluyendo en ésta á todos los que no eran agricultores ni propietarios. El discípulo de Quesnay, Dupont de Nemours, publicó las obras de su maestro, dando á la colección el nombre de *Fisiocracia* ó constitución natural del gobierno mas ventajoso al género humano; y consiguientemente al modo de considerar la ciencia, la escuela, como su fundador, proponía el establecimiento de un impuesto único sobre la renta; porque en esta segunda época como en la primera, el objeto de los economistas era proporcionar recursos al Estado.

Los alemanes dieron á estos economistas el nombre de fisiócratas, así que se publicaron en 1763 las obras de Quesnay; pero aun cuando su doctrina no satisfacía, produjo la ventaja de dirigir el entendimiento por el buen camino, llamar la atención hácia la agricultura, olvidada hacia ya muchos siglos, y propagar ideas

favor
diero
craci
disti
tas C
Sprin
en H
Es
cier
cipio
la im
zació
prog
dió o
cia
emin
Adar
prin
causa
la co
Ha
via c
dura
como
cous
lúgub
tro,
vulg
to de
cuyo
es m
tiem
El
clara
habia
de pi
por
abren
gran
quela
ca el
N
brito
teatro
remo
nalm
vinie
el lib
como
trand
vizua
no ha
eriad
samer
la pic
exhib
to, p
caso,
ó en
Y e
do, á
situac
Ya
tos d
tado
que p
clase
vivía
cosa
tiene
An
que t
otro p
nado
de su
berta
re, si
si se
parec
sin hi
tores
muje
olvid
por e
dejar
las d
por e
otros
todo
man
de la
muje
muel

favorables á la libertad de comercio, que ya se difundieron por España desde fines del siglo XVII. La Fisiocracia tuvo fieles partidarios en Alemania, habiéndose distinguido en la polémica que suscitó, los opositores Condillac, Forbonnais y Mably en Francia; Moser, Springer y Pfeiffer en Alemania, y Briganti y Galianica en Italia.

Esta animación, producida por los adelantos de Mercier de la Riviere, que dió forma científica á los principios emitidos por sus predecesores, fue sostenida por la imprenta, que cooperando eficazmente á la civilización, contribuyó de un modo admirable á los rápidos progresos de la Economía política, que en pocos años dió pasos agigantados. En efecto; la reforma de la ciencia económica no tardó en realizarse, pues en 1776 el eminente profesor de la universidad de Edimburgo, Adam Smith, la abrió una nueva era, sustentando como principio en sus *Investigaciones sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, que el trabajo es la condición de toda riqueza.

(Se continuará.)

JOSÉ LESEN Y MORENO.

NOVELA NATURAL.

I.

Hace dos ó tres años, una tarde que tan pronto llovía como salía el sol; pues aunque terminaba mayo, duraban todavía los lloriqueos primaverales, graciosos como todo lo que pertenece á la juventud, y no desconsolados y monotonos como las tétricas lluvias del lúgubre noviembre; esa tarde, digo, á cosa de las cuatro, veíase en medio de la plaza del Príncipe Alfonso, vulgo de Santa Ana, una cartera de bolsillo, un librito de memorias, uno de esos albums, en fin, sobre cuyo forro se lee la palabra francesa *Notes*, y cuyo uso es muy preciso en los bulliciosos y desmemoriados tiempos que alcanzamos.

El librito estaba en mitad del suelo, demostrando claramente que se le había perdido á algun transeunte: había sido lujoso, pero estaba estropeado: el forro era de piel de Rusia de París, color de avellana: cerrábase por medio de un broche dorado de esos que se abren con la uña del dedo pulgar; y sería poco mas grande que un naípe, y algo mas pequeño que una esquila de entierro doblada en la forma en que *se suplifica el coche*.

No sabemos el tiempo que llevaria de estar allí el librito, cuando apareció por el ángulo que conduce al teatro del Príncipe, una honrada señorita, que ya filiaríamos, custodiada por un criado, la cual cruzó diagonalmente la plaza, como dirigiéndose á la del Angel, viniendo á pasar precisamente por el sitio en que yacía el librito de memorias. Viólo; miró en torno suyo, como buscando al que lo había perdido, y no encontrando alma viviente delante ni detrás de sí (pues lloviznaba á la sazón, y además, en tal mes y á tales horas no hay casi nunca gente en aquel sitio), hizo que el criado le alargase aquel hallazgo; interpuso escrupulosamente su pañuelo entre la piel de Rusia del libro y la piel de Suecia de su guante, y siguió su camino, exhibiendo ó dejando ver á los transeuntes aquel objeto, por si alguno era su dueño, y resuelta, en último caso, á hacer anunciar el lance en el *Diario de Avisos* ó en *La Correspondencia de España*.

Y esta es la ocasión de *filiar*, como hemos prometido, á la honrada señorita, en tanto que llega á su casa, situada en la calle de la Magdalena.

Ya se nos han escapado cuatro importantísimos datos de su biografía, á saber: que no estaba ni había estado casada, puesto que la hemos llamado *señorita*; que pertenecía cuando menos á lo mas elegante de la clase media (por lo de *señorita* y por lo del criado); que vivía en la calle de la Magdalena, y que era honrada, cosa esta última que, dicho sea entre paréntesis, no tiene nada de particular.

Antes de seguir adelante, debemos advertir al lector, que la que ya puede llamarse *nuestra heroína* no hace otro papel en la presente historia que leer el mencionado librito y permitirse algunos comentarios acerca de sus apuntaciones, y que luego la dejaremos en libertad de seguir su vida privada como Dios se la depare, sin meternos á decir al público si despues se casó, si se murió soltera ó si se metió monja. Escusado, pues, parecia que retratásemos minuciosamente á esta jóven sin historia conocida, que va á ser para nuestros lectores ni mas ni menos que una cualquiera de tantas mujeres como se encuentran diariamente en la calle y olvidan para siempre á los dos minutos de verlas. Pero por eso mismo, y cediendo al melancólico encanto que dejan en ciertas almas durante esos dos minutos todas las *desconocidas* notables que cruzan ante ciertos ojos; por eso mismo; para que los mejor organizados de vosotros esperimenteris tan patética emoción, que resume todo el misterio doloroso y grato de la existencia humana; por eso, y para que todos sepan que, además de las que figuran en las novelas, hay en el mundo mujeres desocupadas que pudieran realizar novelas mucho mejores que las escritas (como en los almace-

nes de muebles hay camas y sillas en que no se ha acostado ni se ha sentado nadie, y que, ó se romperán allí sin que nadie las compre ni las use, ó se convertirán en ajuares de trágicas ó cómicas familias); por todo lo apuntado, repetimos, vamos á hacer una prolija y circunstanciada descripción de la señorita honrada que cruzó una tarde lluviosa por la plaza de Santa Ana, bajo la custodia de un criado, y que se encontró el susodicho libro de memorias.

Doña Juana Lopez García, (asi se llamaba la señorita),—hija de don Antonio y doña Josefa, propietaria ésta de unas viñas en Andújar, que producían, por término medio, veinte y cinco mil reales anuales, y consejero de Estado ó director del ministerio de Hacienda aquel, siempre que entraba en el poder cierto partido; lo que ya le había asegurado, para los días de desgracia de sus amigos políticos, una cesantía de veinte y cuatro mil reales tambien ánuos, que cobraba el don Antonio sin mas trabajo que desear, esperar y anunciar la caída del ministerio,—tenia veinte y dos años, era morena esclarecida, mas bien alta que baja, ni delgada ni gruesa, de ojos y pelo negros, incipientes y anilladas patillas, boca pequeña y roja que sonreía con gracia y dejaba ver unos dientes irreprochables, mejillas levemente coloradas, manos pálidas y chicas con los dedos puntiagudos y las uñas idealizadas con incitante esmero, cintura, seno y hombros admirablemente proporcionados, pie menudo y firme, ó sea alto de empeine, y voz de *mezzo-soprano*, tan propia para la blandura del ruego como para la gravedad de la narración.

Juana era hija única: tenia muy buena ropa y sabia llevarla: preferia los colores poco vistosos: su lujo principal consistía en una escrupulosísima limpieza, en armonizar sin aparentes pretensiones, pero con sumo rigor artístico, todo lo que constituía su traje, de manera que cuanto mas se esmeraba en él, mas sencilla aparecía á primera vista: mucho blanco y negro; mucho gris; mucho puño y cuello liso; mucho oro y poca labor en sus contadísimas joyas; oportunas hebillas de acero en ricos cinturones de piel; nunca miriñaque; gustos ingleses en el tocador y en el escritorio; guerra mortal al lodo de las calles; antes dejar ver el arranque de su pierna soberana que manchar la fimbria de su falda; cordones, pues, en casi todos sus vestidos para recogerlos en pabellones como las *toilettes* de campo; nada de coche propio; doncella francesa á su servicio, y tres habitaciones en su casa para su exclusivo uso: gabinete, alcoba y tocador, todo reunido y con vistas á un anchuroso patio.

Juana era seria y alegre; mas claro; no era casquivana ni melancólica. *Seria* quiere decir grave y juicio: *alegre* quiere decir graciosa, apacible y tierna. Era feliz, en una palabra, y como que irradiaba su propia felicidad en torno suyo. No había tenido novio todavía, aunque la habían pretendido muchos jóvenes casquivanos ó melancólicos, ni serios ni alegres, ni juiciosos ni apacibles, ni graves ni tiernos. Era instruida y religiosa: madrugaba; oía misa los días de precepto, no maquinal, rutinaria, ostentosa ni coquetamente, sino con la mayor formalidad, como se cumplen los grandes deberes naturales, como amamos y honramos á nuestros padres y maestros. Preferia el Retiro á la Fuente Castellana. Leía libros dulces, ligeros y honestos: los libros románticos, ó sea desconsolados, le hacían reír, pues no comprendía que hubiese dolor sin consuelo: los libros profundos y filosóficos la fatigaban inútilmente, pues no le enseñaban nada nuevo que pudiera resumirse en un sentimiento absoluto equivalente á su mansa é ignorante filosofía católica: los libros que contradecían en algo las buenas costumbres establecidas le repugnaban como las personas de mala educación. No terminó, pues, lectura alguna que no fuese de la noble índole de *I Promessi sposi*, de *Robinson* y de *Pablo y Virginia*. Hablaba el italiano y el francés: tocaba el piano: no cantaba: sabia coser y guisar, pero ni guisaba ni cosía. Era muy caritativa, y daba la limosna ocultando á la par sus lágrimas y el dinero. Montaba á caballo. Estaba abonada á butaca en el teatro Real. Para su padre, que rayaba en los sesenta años, era un amigo. Juntos iban á paseo, á caballo ó á pie; juntos al teatro, juntos al Museo de Pinturas. Pero á la iglesia iba siempre con su santa y padecida madre, que salía mucho menos. A las tiendas llevaba carta blanca y la compañía de un antiguo, severo, respetuoso y cariñosísimo criado. Finalmente, Juana era un ídolo para sus padres, una especie de adorada nieta para su confesor, y una buena muchacha, de *quien nunca se habia murmurado*, para la vecindad y para el público.

Alí teneis retratada de cuerpo entero y en tamaño natural á la mujer que se encontró el librito de memorias.

Juana llegó á su casa; besó á su madre; le enseñó unas ligeras compras que había hecho; se enteró de que su padre estaba en el Congreso; trocó su traje de calle por otro de casa; contó lo del hallazgo de la cartera á su madre, quien opinó tambien por que debía anunciarse en el *Diario* ó en *La Correspondencia*, salva la opinion del padre, y encerrándose entonces la jóven en su gabinete particular, sentóse en una butaca baja; arrellanó y acomodó en ella su hermosí-

simo cuerpo, como quien toma una postura para largo rato; mostró de resultas, y sin advertirlo, sus preciosos pies, calzados ya con orientales chapines, á la afortunada y discreta soledad, y abrió con indiferente y caprichosa mano el misterioso album de bolsillo.

Constaria éste de unas cien hojas, de las cuales mas de la mitad estaban en blanco. Las restantes contenían notas escritas con lapiz ó con tinta, sin orden ni concierto y en variedad de letras, que se conocía eran de una misma mano, pero que sin duda habían sido trazadas unas despacio, otras deprisa, unas de pie y otras en mas cómoda posición.

Toda mujer tiene algo de Eva. Juanita era mujer y por consiguiente curiosa. No se le ocultó que solo á su padre le tocaba el hojear aquel libro, á fin de ver si contenía el nombre de su dueño... ¡Pero era tan leve, tan venial la falta!...

Leyó, pues, la primera hoja.

(Se continuará.)

P. A. DE ALARCON.

EL MIANTONOMOH.

El monitor norte-americano de este nombre, que hasta hace poco ha permanecido en las aguas del Tajo, en Lisboa, es un buque de fuerza de 1,500 caballos, de 268 pies ingleses de largo ó eslora, por 55 de ancho ó manga, y de 15 á 17 de puntal. Estas dimensiones le hacen muy á propósito para penetrar en aguas de poco fondo, que son los sitios mas á propósito para sus funciones guerreras. Mide 1,250 pies cúbicos y su cabida es de 750 toneladas. Fue construido en Nueva-York, y al salir de aquellos mares tenia 180 hombres de tripulación, reducida hoy á 173, de los cuales 23 son oficiales, incluyendo en ellos 10 ingenieros. El casco del buque desde la línea de flotación, sobresale del agua poco mas de medio metro, y en lugar de obra muerta lleva una baranda de hierro: de modo, que á poco que las olas se agiten, pueden barrer la cubierta. Esta tiene unas 16 pulgadas de espesor y 3 1/2 pies de espesor el casco, mas 7 pulgadas de hierro.

A popa y á proa tiene dos torres circulares, compuestas de dos cuerpos cada una. El superior, de menor diámetro, y cuya pared mide 7 pulgadas de espesor, sirve de observatorio al piloto, para cuyo objeto tiene unas pequeñas aberturas que ensanchan hácia el exterior, dando ancho espacio á la vista para observar los movimientos de los enemigos. En el cuerpo inferior están fijos los dos cañones que tiene cada torre. El espesor de los muros de hierro de estas es de 10 1/2 pulgadas.

Los cañones de ánima lisa, pesan 21 toneladas cada uno, y 460 libras los proyectiles que calzan. Aunque construidos sobre el modelo Dahlgren, pertenecen al sistema Rodman Casting, y el ánima está horadada y abierta sobre la gran masa de acero que constituye la pieza.

Colocados los cañones en posición paralela mirando á su respectiva tronera para subir ó bajar su puntería, para cargarlos y hacer los disparos, se emplean medios sumamente sencillos.

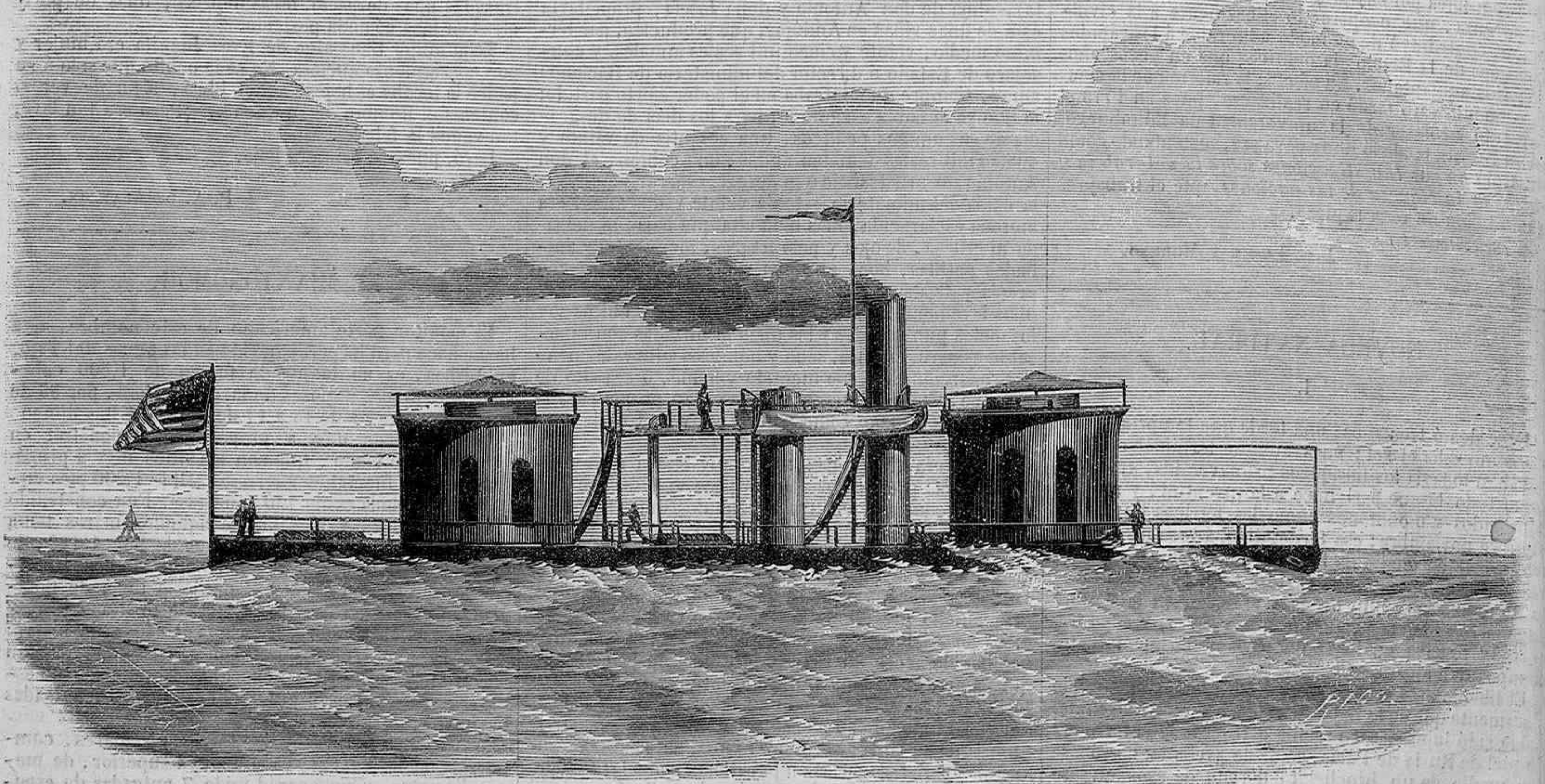
Para evitar el mal efecto de la esplosion, el cañon, antes de disparar, avanza y saca la boca fuera de la tronera ó portañola, y se le hace retroceder sobre un rail inmediatamente. El proyectil sale de la Santa Bárbara, y se coloca en la boca del cañon por medio de una polea y de una barra movable, que lleva la polea de que pende el proyectil desde la abertura del depósito á la del cañon. La sencillez del mecanismo y la policía que dentro de las torres como en todo el buque se advierten, son admirables. Pueden hacer veinte disparos por hora, y las torres giran sobre su centro en minuto y medio, merced al impulso de una máquina de 20 caballos que les da impulso. Las piezas están colocadas á 6 pies y medio sobre el nivel de las aguas, y la mayor inclinación del buque, que puede ser hasta de 7 grados, no dificultará nunca los disparos.

Sobre cubierta hay otro cañon de á 16, que sirve para hacer salvas y señales, para enviar algun amistoso aviso á los buques contrabandistas de guerra y aun para resistir un abordaje.

Como el interior del buque, que está perfectamente distribuido y con notable gusto alhajado, tiene apenas comunicacion con el exterior y mucho menos en los momentos de combate, y para renovar su atmósfera, viciada mas pronto por el uso continuo de luz artificial, lleva dos poderosos ventiladores.

Tampoco puede llevar grandes depósitos de agua, pero en cambio puede destilar 1,200 galones de agua del mar cada veinticuatro horas. No es menor inconveniente el que, gastando de 20 á 25 toneladas de carbon diarias, sólo pueda llevar unas 400, viéndose precisado á necesitar la compañía de otro buque transporte. De torre á torre, apoyado en éstas y en la chimenea y ventiladores, se levanta sobre la cubierta un puente muy sencillo, que sirve para vigilancia y recreo, y puede desarmarse con gran rapidez en caso de combate.

Para concluir, diremos que el *Miantonomoh* lleva



EL MIANTONOMOH, MONITOR NORTE-AMERICANO.

siete botes y un salvavidas capaz para sesenta personas, y que puede llenarse de aire en pocos minutos. La marina norte-americana posee diez monitores iguales al que acabamos de describir; siete de mayor tamaño, puesto que tienen una proporción mayor de 20 pies de manga y 100 de eslora; y además, cincuenta monitores de una sola torre.

Prófanos nosotros al arte naval, no nos atrevemos á asegurar si estos buques llenan bien ó mal las condiciones para que están destinados. Hay quien sostiene que una buena fragata blindada puede aborzarlos y saltar por cima, echándolos fácilmente á pique. En cambio, hemos oído sostener á otros marinos, que la facilidad con que, merced á sus dos hélices, pueden moverse estos monitores, dificulta mucho el que pueda cogérselos al través y pasarlos por ojo, pues buscan con rapidez las direcciones oblicuas y eluden mañosa y hábilmente los choques, al paso que su gran fuerza, su construcción, su movilidad y su potente tajamar de hierro les hace temibles, empleados como ariete. Pero esta cuestión la dejamos íntegra á la marina.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DEL ESCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO DE LERSUNDI.

Don Francisco de Lersundi y Ormaechea, descendiente de la noble y antigua familia de su nombre, nació en Valencia, á 28 de enero de 1817. Es hijo de un antiguo coronel que hizo la campaña de la república francesa, la de la Independencia y la última de sucesión, falleciendo de brigadier. Por esta causa, y siendo aun de menor edad, fue nombrado cadete don Francisco; pero habiendo sido impurificado su padre en el año de 1823, quedó fuera de la dependencia del ejército.

Hallábase todavía estudiando en el Seminario de Vergara, cuando estalló la guerra civil, y fue nombrado subteniente del batallón ligero de cazadores que formó la diputación foral de Guipúzcoa. En 1836 se halló en la batalla y levantamiento de sitio de San Sebastián, en el paso del río Irurea, y en las posiciones de Garvera y Chiritogui, donde se portó valerosamente;

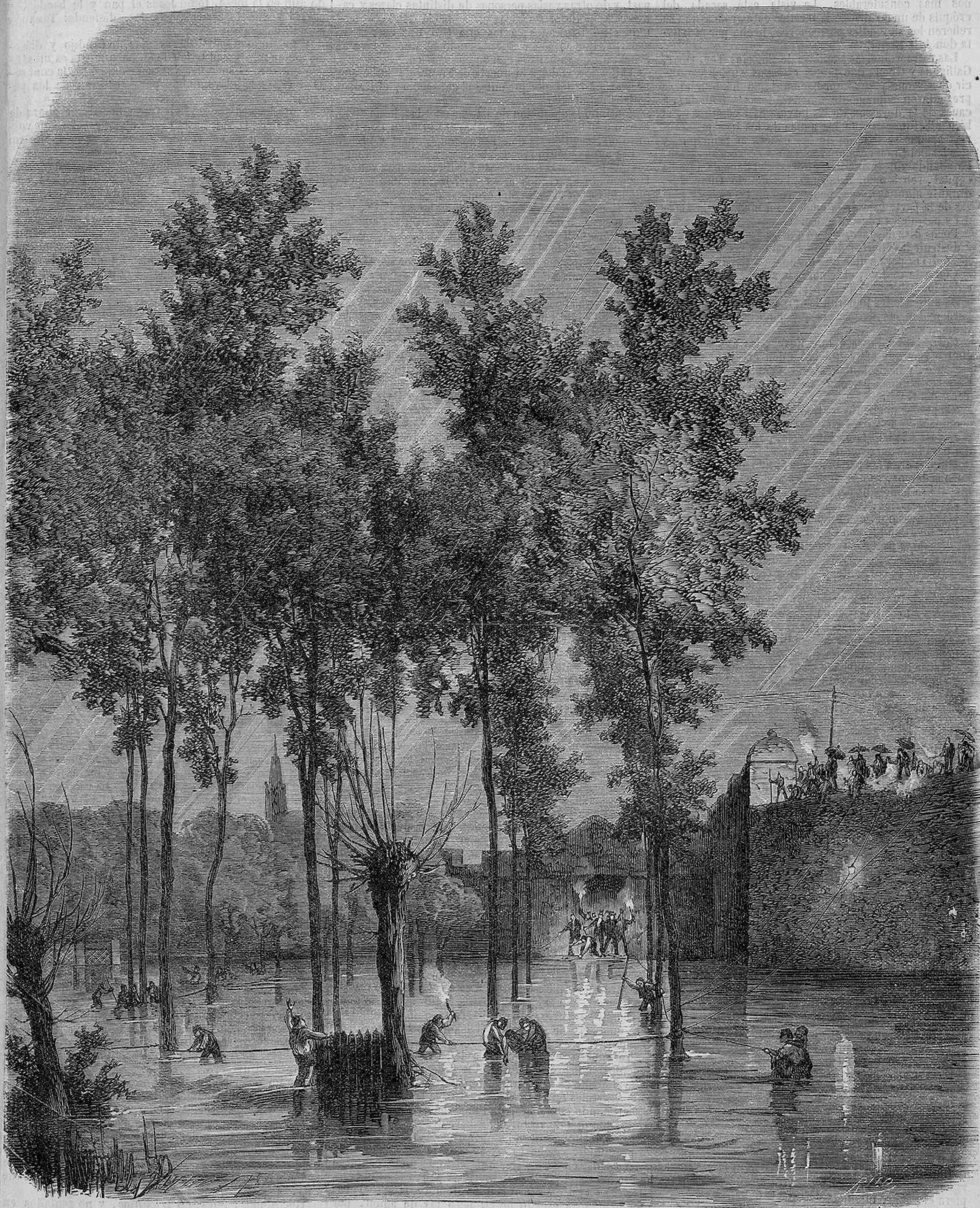
allí recibió varias heridas, logrando ser, por los referidos hechos, agraciado sobre el campo de batalla con el empleo de teniente. Después, en las acciones de Ametzagaña, fuerte de Zariátegui y Alzá, donde se halló, ganó la cruz de San Fernando de primera clase. En 1837, ascendió á capitán, también por acciones de guerra en que fue nuevamente herido, mereciendo

otra cruz de San Fernando de primera clase. En 1838, pasó á la Guardia Real de infantería, de la que fue nombrado teniente por gracia especial, siendo posteriormente trasladado al batallón de cazadores de Luchana. A consecuencia de la acción sobre Tronco y Piedrahita, le fue concedida otra cruz de San Fernando de primera clase. Por no hacer demasiado extensos estos apuntes, nos limitaremos á mencionar las acciones en que tomó parte hasta la terminación de la guerra civil, mostrando en todas ellas notable bizarría: operaciones y toma de Peñacerrada, asalto del castillo de Ulizarra, batalla del 29 de junio (1838), acción de Población, operaciones para la toma de Rímales y Guardamino, Allo, Dicastillo, Cirauqui, Puerto de Belate, sitio y toma de Chinchilla, sorpresa de Mira y acciones de Olmedilla y de Miranda de Arga. En 1841, habiéndose comprometido en los acontecimientos de la noche del 7 de octubre, tuvo que emigrar á Francia; en 1843, regresó, y le fue conferido el grado de coronel; asistió al sitio y bloqueo de Zaragoza; en 1846, se halló en el ataque del puente de Santiago (Galicia) y toma de esta ciudad, lo cual le valió el empleo de brigadier. Cuando el gobierno español realizó la intervención armada en Portugal (1847), penetró Lersundi en este reino, y concurrió á la acción de Valenza do Miño, sitio de Oporto y algunas otras operaciones.

En 1848, prestó también en Madrid servicios al gobierno, y posteriormente fué destinado á Cata-



EL TENIENTE GENERAL DON FRANCISCO DE LERSUNDI.



VISTA DE LA ÚLTIMA INUNDACION DE GERONA, TOMADA DE UN DIBUJO REMITIDO POR DON JOSÉ BERGA.

luña contra las fuerzas montemolinistas que mandaba Cabrera, las cuales fueron arrolladas por él, forzando el paso de los desfiladeros de Orgañá.—En 1849, concurrió como segundo comandante general de la division expedicionaria que el gobierno español enviaba á Italia.—En 1851, ejerció el cargo de gobernador civil de la provincia de Madrid, siendo poco despues elevado al ministerio de la Guerra, y á su salida de éste, promovido al

empleo de teniente general. En 11 de marzo de 1852, se le nombró capitan general de Castilla la Nueva.—En 1853, volvió al gobierno civil de la provincia de Madrid y al ministerio de la Guerra, con el desempeño interino de la cartera de Estado, siendo nombrado despues capitan general de Andalucía.—Ultimamente, ha sido capitan general de la isla de Cuba, de donde hace pocos dias ha regresado. Tiene, además de las espre-

sadas cruces, otras muchas distinciones honoríficas, asi nacionales como extranjeras.

INUNDACION DE GERONA.

En este número damos la vista de uno de los puntos donde la última inundacion de Gerona causó da-

ños mas considerables. La vista está sacada del cróquis de un cuadro de la terrible catástrofe á que se refieren los siguientes pormenores, hecho por el artista don José Berga.

Las extraordinarias avenidas de los rios Ter, Oñar, Galligans y Guell, que tantos estragos suelen producir en Gerona y sus inmediaciones, no há mucho se presentaron sumamente amenazadoras y temibles, á causa de la duracion de las lluvias casi continuas, si bien afortunadamente las aguas de los tres primeros rios apenas se salieron de sus cáuces al principio, y sólo las del Guell ocasionaron daños de consideracion, inundando y devastando las tierras del llano de aquella capital, rebalsando, asimismo, las del rio Oñar que, durante algunas horas, penetraron en las calles y plazas de la parte baja de la ciudad, en medio de la alarma y perjuicios consiguientes.

Pocos dias despues, se notó que las aguas empezaban á destruir las fuertes defensas practicadas en las orillas del Ter para evitar que inundase á Gerona.

Con este motivo, el temor y la zozobra aumentaron entre los habitantes de las partes bajas de la poblacion, y las autoridades tomaron las precauciones necesarias para evitar las desgracias que pudiese ocasionar la inundacion temida.

Entre tanto, llovía á mas llover, las aguas de los cuatro rios que afluyen á la ciudad crecian espantosamente, y hácia la dehesa del Ayuntamiento se distinguían algunas personas aisladas por las aguas del Ter y del Guell.

Sin perder momento, se trasladó el gobernador civil, acompañado de varios concejales y otros funcionarios públicos, á la puerta de Figuerola, punto el mas próximo para internarse en dicha dehesa.

Muchas eran las personas que, animadas de los mas buenos deseos, se ofrecieron á acudir en auxilio de los que allí se hallaban; pero se carecia de cuerdas y otros útiles necesarios, tanto para vencer la corriente que debia atravesarse, cuanto para socorrer á aquellos.

Por fin, don Ignacio Canut, inspector de vigilancia pública de la provincia, y don Martin Sureda, arquitecto provincial, se arriesgaron á dirigirse á la dehesa al través de la corriente y de una considerable altura de aguas, disponiéndose, en tanto, la conveniente colocacion de algunas cuerdas para facilitar su regreso y el de los que se hallasen en peligro.

Los espresados señores Canut y Sureda, atravesaron con gran trabajo la dehesa inundada, y venciendo dificultades, al parecer insuperables, se dirigieron hácia el sitio donde se habian visto las personas aisladas; pero antes de llegar á aquel punto, la corriente arrebató al señor Canut, quien, nadando, al cabo de un rato pudo agarrarse á un árbol, colocándose en una posicion violenta por causa de la extraordinaria velocidad de las aguas.

Viéndole en peligro, el señor Sureda acudió en su auxilio, y le ayudó á colocarse en mejor situacion de la en que se habia quedado al asirse de aquel tronco, en cuyo estado permanecieron un rato.

La noche venia, y era peligrosísimo continuar allí; por tanto, el señor Sureda, como práctico de la localidad, y conocedor de la direccion que debian seguir para llegar á terreno firme, esforzó é interesó al señor Canut á que le siguiese á nado.

Hicieronlo así, y esponiendo cien veces su vida, pudieron oírse, entenderse y acercarse en medio de un inmenso mar de aguas, situándose últimamente en una colina segura que ofrece la dehesa.

A eso de las seis de la noche, se retiraron al fuerte de Bournonville, donde permanecieron descansando de sus fatigas hasta las diez y media, mojados y sin fuego con que poder calentarse.

A esta hora se les llamó de varios puntos, con particularidad hácia la puerta de Figuerola, y creyendo que por aquel lado estaba el paso seguro, abandonaron el baluarte de Bournonville y siguieron con direccion á Gerona; mas al llegar al extremo de una pequeña pendiente que ofrece el camino, á unos cuarenta ó cincuenta metros antes de llegar á la puerta, se encontraron con una altura y corriente tan extraordinaria de aguas, que les arrastró hácia el rio Oñar, habiendo tenido, sin embargo, la fortuna de poder agarrarse ambos á un árbol, en donde convergían ambas corrientes; en aquel momento, ya les fue imposible adelantar ni retroceder un paso.

En tan crítica como desesperada situacion, empezaron los dos juntos á pedir socorro; pero el ruido del aguacero que caía impidió que les oyese, y que se supiera el peligro inminente en que se hallaban.

Así, pues, resolvieron permanecer asidos al árbol, el cual, por desgracia, empezó á socavarse; entonces volvieron á gritar, hasta que al cabo de una larga hora de amargura, observaron que desde la puerta de Figuerola se trabajaba asiduamente en establecer cuerdas para salvarlos, así por las autoridades como por el vecindario en general.

Poco á poco y con trabajo infinito, pudieron establecerse cuerdas atándolas á los árboles, y á eso de las doce de la noche el intrépido albañil don Angel Texidor, completamente desnudo, auxiliado por un hermano suyo, del peon don Pedro Coll (a) Xarron, del capataz de guardias de la dehesa, don Francisco Llo-

part, y de otras varias personas de distintas clases y categorías, pudo al fin aproximarse hácia donde se hallaban los naufragos, á los que tiró una cuerda de esparto, que el señor Sureda cuidó de sujetar bien al árbol en que se hallaba con su compañero.

Al llegar Texidor á la puerta de Figuerola, hubo que prestarle auxilio, porque entre el cansancio y el frio se hallaba estenuado.

Continuó la operacion de alargar cuerdas, hácia cuyo extremo peligroso siempre se hallaba el peon don Pedro Coll, seguido de don Francisco Llopart y otros.

Las aguas continuaban subiendo, y por mas esfuerzos que los señores Canut y Sureda hicieron para vencer la corriente agarrados á las cuerdas, fue inútil, porque nunca por sí solos pudieron conseguirlo.

Era, pues, necesario que alguien les ayudase, y á esta arriesgadísima operacion se prestaron los citados don Pedro Coll y don Francisco Llopart, aproximándose cuanto pudo el primero á los naufragos.

El acto supremo que debia seguir, era por demás difícil y comprometido, habiendo llegado el señor Coll á titubear algun tanto para coger una mano del señor Canut, cuyas fuerzas se agotaban por momentos.

Por fin, tanto éste como el señor Sureda lograron salir de su angustiosa situacion, auxiliados por los que hallándose mas próximos á la ciudad, con mas ó menos profundidad de agua, contribuyeron con sus esfuerzos, consejos y animacion á que el éxito fuese tan satisfactorio como podia apetecerse.

Dignos son de alabanza los señores don Pedro Coll, don Angel Texidor, don Francisco Llopart y don Pedro Ruiz Peñasco, que, ayudados por las autoridades, funcionarios públicos, ingenieros y otras muchas personas de la poblacion, y arriesgando sus vidas, lograron salvar á dos de sus semejantes, que antes se habian arriesgado tambien para salvar á otros.

ARQUEOLOGIA SAGRADA.

II.

CELEBRACION DE LA PRIMERA MISA.

Despues de haber descrito la *Primera Iglesia*, vamos á detallar minuciosamente el cómo se verificó la *primera misa* (1), celebrada por Jesucristo y con asistencia de los Apóstoles, la antepenúltima noche de la muerte del Señor, al instituir la Sagrada Eucaristía.

Veamos cómo la describen los Evangelistas.

Retirándose Jesus con sus discípulos de Jerusalem para Betania, en la tarde del mártir que siguió á su entrada triunfal, dijo á los Apóstoles: «Bien sabeis que dentro de dos dias será la Pascua;» esto es, despues del miércoles y el jueves, porque al caer la tarde del jueves se debia sacrificar el cordero pascual, y á la mañana siguiente celebrar la grande fiesta de Pascua, que caía en viernes.

Próximo, pues, el dia de los ázimos, acudieron los discípulos á Jesus y le preguntaron: ¿Dónde quieres que te dispongamos la cena de la Pascua?

Jesus les respondió: Id á la ciudad en casa de tal persona y dadle este recado: El Maestro dice: mi tiempo se acerca: voy á celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. Hicieron, pues, lo que Jesus les ordenó y prepararon lo necesario para la Pascua. Llegada la hora, se dispuso Jesus á la celebracion de ella.

Sacrificaron el cordero, rociaron con su sangre los umbrales de la puerta, asáronle entero, calzárse el Señor y los Apóstoles los pies, ciñéronse el vestido regazado como para viajar, y con el báculo en la mano pusieron en pie á la mesa, á comer de prisa el cordero pascual, con los panes ázimos ó sin levadura y las lechugas silvestres, todo con arreglo á lo prevenido y en memoria de la salida del pueblo de Israel, de Egipto.

Terminada esta ceremonia legal, arrimaron los báculos, aflojaron sus vestidos y dejando el calzado que al efecto se habian puesto, se recostaron Jesus y sus Apóstoles en los *triclínios*, para la cena comun.

Y estando comiendo, dijo el Señor: «En verdad os digo, que uno de vosotros me hará traicion.» Y estos, afligidos sobre manera, empezaron cada uno de por sí á preguntar: «¿Señor! ¿Soy yo acaso?»

Y Jesús, en respuesta, dijo: «El que mete conmigo su mano en el plato para mojar el pan, ese es el traidor (2).» «En cuanto al Hijo del Hombre, él se marcha, conforme está escrito de él; pero ¡ay de aquel, por quien el Hijo del Hombre será entregado! mejor le fuera al tal que no hubiese jamás nacido.»

Y tomando la palabra Judas, que era el que lo entregaba, dijo: «¿Soy yo quizá Maestro?»—Y respondióle Jesús, tal vez sin que lo oyeran los demás:—«Tú lo has dicho, tú eres.»

Mientras estaban cenando ó al fin de la cena, estan-

(1) Núm. 46.—18 de noviembre de 1866.

(2) Sin duda, como dice el P. Sclo, al mismo tiempo que Judas, debió meter algun otro la mano en el plato; y con esto quedó aun incierto quién era el culpable, ó tal vez no oyeron todos aquella respuesta del Señor.

do aun en la mesa, tomó Jesus el pan y le bendijo, y partió y dióselo á sus discípulos, diciendo: TOMAD Y COMED: ESTE ES MI CUERPO.

Y tomando el cáliz, dió gracias, le bendijo y dióselo, diciendo: «Bebed todos de él, porque esta es mi sangre que será el sello del Nuevo Testamento, la cual será derramada por muchos para remision de los pecados.

Y os declaro que no beberé ya mas desde ahora de este fruto de la vid, hasta el dia en que beba con vosotros en el nuevo cáliz de delicias en el reino de mi Padre.

Y dicho el himno de accion de gracias, salieron hácia el monte de los Olivos. San Mateo. Cap. XXVI.

A esto añade San Juan, Cap. XIII lo siguiente:

Antes del dia de la fiesta de la Pascua, esto es, el jueves por la tarde, sabiendo Jesus que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre; habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin; esto es, quiso darles al fin de su vida muestras mas particulares de su amor. *Cum dilexisset suos; in finem dilexit eos.*

Acabada la cena, levántase Jesus de la mesa, quitase sus vestidos, es decir, el manto que podía embarazarle, y se ciñe una tohalla, y procede al lavatorio de los pies de sus discípulos.

Verificado esto, y despues de pronunciado el discurso que reproduce San Juan, y rezado ó cantado el himno de accion de gracias, salieron todos, á escepcion de Judas, que lo habia hecho antes, hácia el Monte de los Olivos; despidiéndose, segun creen algunos, de su Madre, bien que el Evangelio nada dice de esto.

El edificio en que Jesucristo practicó todos los actos que acabamos de describir, ya le tenemos descrito en nuestro anterior artículo. Sin embargo, para conocimiento del artista que quiera reproducir la celebracion de la *primera misa*, con exactitud evangélica, añadiremos algunas observaciones.

Era un salon de un segundo piso de una casa situada en el monte Sion, entonces dentro de Jerusalem, y ahora fuera de la ciudad. El salon ó primera iglesia era muy capaz y dilatado—*magnum stratum*—que dicen dos de los evangelistas.

El artista debe procurar no exornar el salon con estatuas ó figuras labradas, porque la ley del Señor lo tenia terminantemente prohibido, como puede verse en el Exodo, en el Levítico y en el Deuteronomio; y eran en esta parte los judíos tan observantes, que admira lo que con motivo de la introduccion de unas figuras en Jerusalem refiere Flavio Josefo en sus *Antigüedades judáicas*.

La mesa en que estableció el Señor la Sagrada Eucaristía ó instituyó lo que ahora decimos *Misa*, seria capaz para trece comensales, y estaria cubierta con manteles, porque si bien en épocas anteriores á la de Jesus no se usaron, y el gran lujo de las mesas consistia entonces en su materia, labrado y tersura, las cuales al ensuciarse se limpiaban con una esponja, luego se introdujo el uso de los manteles; de lana primero y de lienzo luego, con listas de diversos colores primero, y despues con tiras de púrpura y de oro, á proporcion que el lujo y las leyes suntuarias lo fueron permitiendo. Estos manteles deben ser muy holgados, porque cada uno de los comensales se servia de la parte que colgaba delante de ellos para limpiarse la boca y las manos, como ahora de las servilletas, segun dice Winkelmann, cuyo uso no se introdujo hasta muy tarde; de manera, que ni aun en Roma se conocieron hasta despues del reinado de Augusto; y entonces habia la costumbre de que cada individuo trajese su respectiva servilleta, como se ve por un pasaje de Cátulo y otro de Marcial.

En el comedor, é inmediato á la mesa, no debe haber sillas ni bancos, sino *triclínios*. Eran éstos una especie de camas ó lechos, algo mas elevados que la mesa, con algun declive hácia afuera, donde caían los pies de los que en estos se recostaban. Estos solian echarse del lado izquierdo, apoyando el codo sobre una especie de almohada ó travesero.

En un principio, los *triclínios* eran muy sencillos, mas el lujo se hizo conocer luego en su armazon, colchones y colgaduras. Al echarse los hombres, solian quitarse el calzado, para no ensuciarlos.

Por lo comun, en derredor de una mesa solo se ponian tres de estos lechos ó camas, de donde tomaron el nombre de *triclínios*, y ocupaban los tres costados de la mesa, quedando el cuarto libre para el servicio de ella.

Recostados, pues, en *triclínios*, y no sentados en sillas ó bancos, como impropriamente se representa, fue como el Señor y sus doce discípulos celebraron la Cena y asistieron á la institucion de la Sagrada Eucaristía, segun la costumbre general de los pueblos orientales, terminantemente justificada con el testimonio uniforme de cada uno de los cuatro Evangelistas.

En efecto, San Mateo, hablando de esto dice: «Y llegada la tarde, estaba recostado—Jesus—con sus doce discípulos, y estando ya comiendo, dijo etc. *Vespere autem factó, discumbabat cum duodecim discipulis suis. Et edentibus ellis dixit, etc.* Cap. XXVI, v. 20 y 24.»

San Marcos lo describe de esta manera: «Puesto ya el sol, fué Jesus allá con los doce—Apóstoles—y estando ellos recostados y comiendo, dijo Jesus etc. *Vespere autem facta, venit cum duodecim. Et discumbentibus eis et manducantibus ait Jesus*, etc. Cap. XIX, v. 17 y 18.»

El evangelista San Lucas dice: «Y habiendo ya llegado la hora—Jesus—se recostó y con él los doce Apóstoles, y les dijo, etc. *Et cum facta esset hora, discubuit, et duodecim Apostolos cum eo: et ait illos*, etc. Capítulo XVIII, v. 14 y 15.»

Ultimamente, el evangelista San Juan, despues de haber referido largamente el lavatorio, añade: «Despues que Jesus les hubo lavado los pies y tomado otra vez su capa, recostado de nuevo, dijoles etc. *Postquam ergo lavabit pedes eorum, et accepit vestimenta sua, cum recubisset iterum, dixit eis*, etc. Cap. XIII, v. 12.»

Se ve, pues, que todos los evangelistas dijeron estar recostados y no sentados á la mesa, porque no tiene duda que comian entonces de esta manera sobre camas ó triclinios.

El primer puesto del primer triclinio era el mas honorífico, y Jesus, por consiguiente, le ocupaba. En la colocacion de los Apóstoles en la mesa, debe tenerse presente que San Juan, el discípulo predilecto del Señor, estaba en el mismo triclinio de Jesus, pues dice que se recostó sobre el pecho ó seno del Señor: *Erat ergo recubens unus ex discipulis ejus in seno Jesu, quem diligebat Jesus*. Cap. XIV, v. 23.

Judas no estaria tampoco muy separado del Señor, porque San Mateo dice que comia ó mojaba el pan en el mismo plato de Jesus, pues con arreglo á las costumbres orientales comerian cada tres ó cuatro en una misma fuente ó plato.—*Qui intingit mecum manum in parobside, hic me tradat*. Cap. XXVI, v. 23.

La mesa en el acto de la institucion de la Sagrada Eucaristia, no debe tener ya el Cordero Pascual, ni las lechugas silvestres con que se comia, segun lo dispuesto en el Cap. XII del Exodo, porque como hemos visto, la institucion de la Eucaristia se hizo despues de terminada la cena legal, *postquam cenavit*, que dice San Lucas. Cap. XXII, v. 20.

Bastará que haya sobre la mesa y delante del Señor la copa ó cáliz en que consagró, de mayor capacidad que los que usa ahora la Iglesia, porque como dice San Mateo, de él bebieron todos los discípulos cuando se lo pasó, diciéndoles: *Bibite ex eo omnes*. Cap. XXVI, v. 27.

Tambien habrá sobre la misma mesa algunos panes; pero téngase presente que estos, entre los orientales, eran y son aun hoy día muy pequeños y delgados como unas reducidas tortas, cocidos muchas veces entre el rescoldo; panes que se rompen con facilidad con los dedos, sin necesidad de cuchillo. Por esto decimos nosotros, al hacer reminiscencia de aquella primera misa, que Jesus partió—*fregit*—el pan que distribuyó entre sus discípulos, y no que le cortó—*scindit*.

Podrá haber igualmente sobre la mesa jarros ó pequeñas ánforas con vino y con agua, y si se quiere otras copas y cálices y tambien algun plato ó fuentes.

Tampoco habria inconveniente en figurar saleros, cuchillos y cucharas, pero no tenedores, porque pasaron aun algunos siglos antes que principiarian á usarse. Será oportuno tambien que el artista recuerde que en aquella época no se acostumbraba á poner las luces sobre las mesas. Solian éstas iluminarse por medio de altos candelabros puestos en el suelo, que se arrimaban mas ó menos, segun convenia, y en los cuales se colocaban las lámparas, por cuya razon se llamaban *lampadarios* ó *lampadóforos*.

El traje del Señor consistiria, en primer lugar, en una túnica de lana interior llamada *sadin*, á manera de camisa, hecha, como dice San Juan, sin costura y de un solo tejido de arriba abajo. *Erat autem tunica inconsutilis, desuper contexta per totum*; Cap. XIX, v. 23, cuya manera de tejer era ya conocida de los hebreos. Sobre ésta llevaba la túnica exterior, ancha y larga, con mangas y de color oscuro, ó tal vez del mismo color natural de la lana, asegurada al cuerpo con el ceñidor de lino ó lana, cuyos remates solian dejarse sueltos.

La capa ó *taled* seria ancha y de forma cuadrada, de color mas ó menos oscuro, y adornada por todo su alrededor, lo mismo tal vez que la túnica, de una orla, greca, guarnicion ó fimbria cosida á ella, como lo atestiguan los mismos evangelistas. *Fimbriam vestimenti ejus*, dice San Mateo, Cap. IX, v. 20, y Cap. XIV, v. 36: lo mismo que San Marcos, Cap. VI, v. 56, y San Lucas, Cap. VIII, v. 44.

En la cabeza se cree que Jesus no llevaba nada, ó cuando mas un ligero *mitsnefet* ó ceñidor de cabeza, para asegurar el cabello, que como la barba, usaria de regulares proporciones. Cuando el frio y la lluvia molestaban, solian echar sobre la cabeza un extremo de la capa ó *taled*.

Parece que Jesus no llevaba colgada del ceñidor escarcela, bolsa ó *charitim* para traer dinero y otros efectos de primera necesidad; al paso que se deduce lo usaban los Apóstoles, de lo que les dijo el Señor: «No lleveis oro, ni plata, etc., en vuestros bolsillos, *in saccis vestris*, San Mateo, Cap. X, v. 9;» y es positivo

que Judas lo llevaba, porque era el que corria con el gasto y traeria dinero para comprar lo necesario, dar limosna á los pobres, etc., segun se desprende, entre otros pasajes, del Cap. XIV, v. 29 de San Juan.

Usaria tambien el Señor de sandalias aseguradas al pie con una correa; en primer lugar, por ser este el calzado comun de los orientales, y en segundo porque hablando San Juan, el precursor de Jesus, dice: «Está para venir otro mas poderoso que yo, al cual no soy yo digno de desatar la correa de su calzado. *Non sum dignus solvere corrigiam calceamentorum ejus*. San Lucas, Cap. III, v. 16.»

Los Apóstoles usarian con poca diferencia el mismo traje de Jesus, y solo tal vez se distinguiria en ser algo inferior al de su Maestro.

En cuanto á la fisonomía y color de Jesus y de los Apóstoles, si se quiere tener una *vera effigie* de ellos, es necesario tener presente el país y clima en que nacieron.

Acerca de la edad de Jesus y de los Apóstoles, se sabe que el Señor murió antes de cumplir los treinta y tres años; y que sus discípulos, llamados para grandes fatigas y trabajos, no podian ser viejos, pues hasta el mismo San Pedro, considerado por los artistas como el de mas edad, y figurado por los mismos como un anciano calvo y decrépito, no lo seria mucho, cuando aun sobrevivió á su Maestro mas de treinta años, como que fue crucificado y murió, y no de muerte natural, en Roma, en el imperio de Neron, el año 62 del Señor.

Si quisieran introducirse criados para el servicio de la mesa, no habria mas que figurar algunos esclavos, con una reducida túnica asegurada al cuerpo por medio de un ceñidor de piel, sin nada en la cabeza, con el pelo y la barba muy corta, y calzando unas ligeras sandalias sin calcañal.

V. JOAQUIN BASTÚS.

SUSPIROS.

(RETRATO DE UNA MUJER.)

Oid, que canto á la mujer que adoro;
Esa traidora por quien tanto lloro.

Tiene la cabellera ensortijada,
Con esencia de nardos perfumada.

Tersa la frente, griega, pensadora,
Y pálida de amor y soñadora.

Sus ojos son de Oriente, ojos reales
De lánguidas pupilas, sin rivales.

La boca de carmin, incitadora,
Húmeda, delirante, matadora.

Las manos son de reina fabulosa;
Casi las cansa el peso de una rosa.

El pie de maga, chiquitín, bonito,
Capaz de arrebatar hasta el delito.

Las formas, en total, son un modelo,
Que las Gracias dejaron en el suelo.

Fatigada es su voz, muelle, argentina,
Parece un ¡ay! de languidez divina.

El nombre que le dan es la armonía,
Dulce como la fuente de la umbría.

Y ¡lástima tenedme! es mi pasión
¡Y á esa mujer le falta... el corazón!

JUAN MANUEL MARIN.

HISTORIA DE UN AMOR DESGRACIADO.

(CONTINUACION.)

Esta tristeza no era penosa, ni absorbente, sino natural; se conformaba con las ocupaciones y dejaba libre el entendimiento. Asi es, que uno y otro vivian como antes de aquella intimidad. Lo único notable que habia pasado en el corazón de los dos, era que Isabel no estaba cansada ni buscaba ya un hombre ideal, y que Federico no tenia por las cosas el tedio ó la indiferencia que antes. Parecia que aquella amistad hubiese enderezado sus corazones, poniéndolos como habian de estar. Eran atentos, no sólo por cortesía, sino por inclinacion; simpatizaban con los demás; no sólo por deber, sino por naturaleza. Lo mas ageno les parecia interesante; miraban con indulgencia la cosa mas insustancial. Si uno mostraba un objeto al otro, éste al instante atendia con cuidado. Si alguno mostraba desprecio por algun objeto, bastaba una observacion del otro para que rectificase. Solian consultárselo todo, lo que les concernia; lo mismo las diversiones que el estado de la salud; lo mismo los trajes que las lecturas; pero ya comprenderá el lector que ella lo hacia de

esa manera indirecta de que usan las mujeres con los hombres á quienes no quieren, y él directamente pidiéndole consejo. Mas venia á ser lo mismo. Un día decia ella, que se habia puesto un traje de tal color; y si á Federico le parecia que no le iba bien, lo desaprobaba por razones estéticas que ella creia y tomaba en cuenta. Si salia á un paseo y se cansaba ó se indisponia, al saberlo el jóven le aconsejaba que sólo fuese á determinadas horas y en determinada temperatura, y asi de otras cosas. Federico era mas claro, segun ya hemos dicho. Le pedia parecer sobre una pieza de su traje, ó el corte ó color; le decia lo que acostumbraba comer; la distribucion de ocupaciones, á lo cual Isabel contestaba, manifestando la conveniencia ó inconveniencia de las cosas. Sucedia á veces que ella, antes de determinarse en una cosa imprevista, esperaba verle á él para pedirle consejo; y que éste, bajo sigilo, le confiase secretos que no decia á su misma madre. Asi iban estrechándose los lazos de aquella amistad.

Parecerá inverosímil al lector intanto que Isabel y Federico no sospechasen si sus relaciones eran ó no amorosas, y que alguna vez no hablasen de esta clase de pasión. Era, sin embargo, tan absurdo entonces un enlace matrimonial entre jóvenes de las dos clases sociales, que ni uno ni otro tuvieron jamás esa idea. Estaban arraigadísimas las costumbres antiguas; respetábase todavia por hábito á la nobleza, y cada uno buscaba en su esfera las relaciones que habian de satisfacer sus necesidades sexuales. Como prueba terminante de la inocencia de nuestros héroes, diremos, que se habian ocupado de los amores de algunas amigas que ella tenia en Madrid, sin que les ocurriese pensar si se querian.

VI.

Asi corrian las cosas entre aquellos apreciables jóvenes, cuando la madre de Federico cayó enferma. El marqués dió orden de que todos los días fuese un criado dos veces á preguntar por su estado, lo cual se hizo indefectiblemente. La madre empeoró. El marqués fué á visitarla, y halló á Federico tambien casi enfermo de inquietud y desvelos. El industrial quedó muy pagado de la visita del marqués. Luego la madre se puso mas de peligro y se llegó á preveer su muerte. El marqués repitió entonces su visita, porque queria cordialmente al jóven.

Isabel habia seguido con dolor todas las peripecias de la enfermedad. Asi que supo que la madre estaba de cuidado, asaltóle el temor de si moriria y se imaginó el duro golpe que habia de recibir Federico. La creciente gravedad del mal la desasosegó mas, poniéndola en una completa inquietud. A todas horas pensaba en Federico, en su madre y en la enfermedad; lo soñaba de noche; no podia distraerse ni en la tertulia, á pesar de todos sus esfuerzos. Un día tuvo una noche agitadaísima. A la caída de la tarde, los médicos habian dado orden de viaticar á la enferma. El marqués asistió con todos sus criados al acompañamiento; y habiendo hablado al médico de cabecera, éste le dijo que la enferma no acabaria la noche. Entonces, el marqués se quedó en la casa, para llevarse á Federico, si la madre moria. La jóven, avisada de lo que pasaba, si bien se acostó, pasó la noche en la mayor inquietud, entregada á tristes imaginaciones y escuchando con atencion el menor rumor que se oyese ó que creyese oír, pensando que era su padre que venia con Federico. Entre dos y tres de la madrugada, oyó abrir la puerta de la calle, y como si supiese ya que la madre habia muerto, se le oprimió el corazón y prorumpió en gran llanto. Luego llamaron á la puerta de su aposento. Durante unos segundos, no pudo contestar, porque el llanto le embargaba la voz. Entonces, su padre dijo desde fuera:—«¿Duermes niña?» Despues de un instante de silencio tomado para acabar de dominarse, Isabel contestó que estaba despierta.

—Entonces, levántate y pasa á mi cuarto. Federico está conmigo.

—¿Y...? »el llanto volvió á asaltarla, pero deteniéndolo, pudo añadir:

—... su madre?

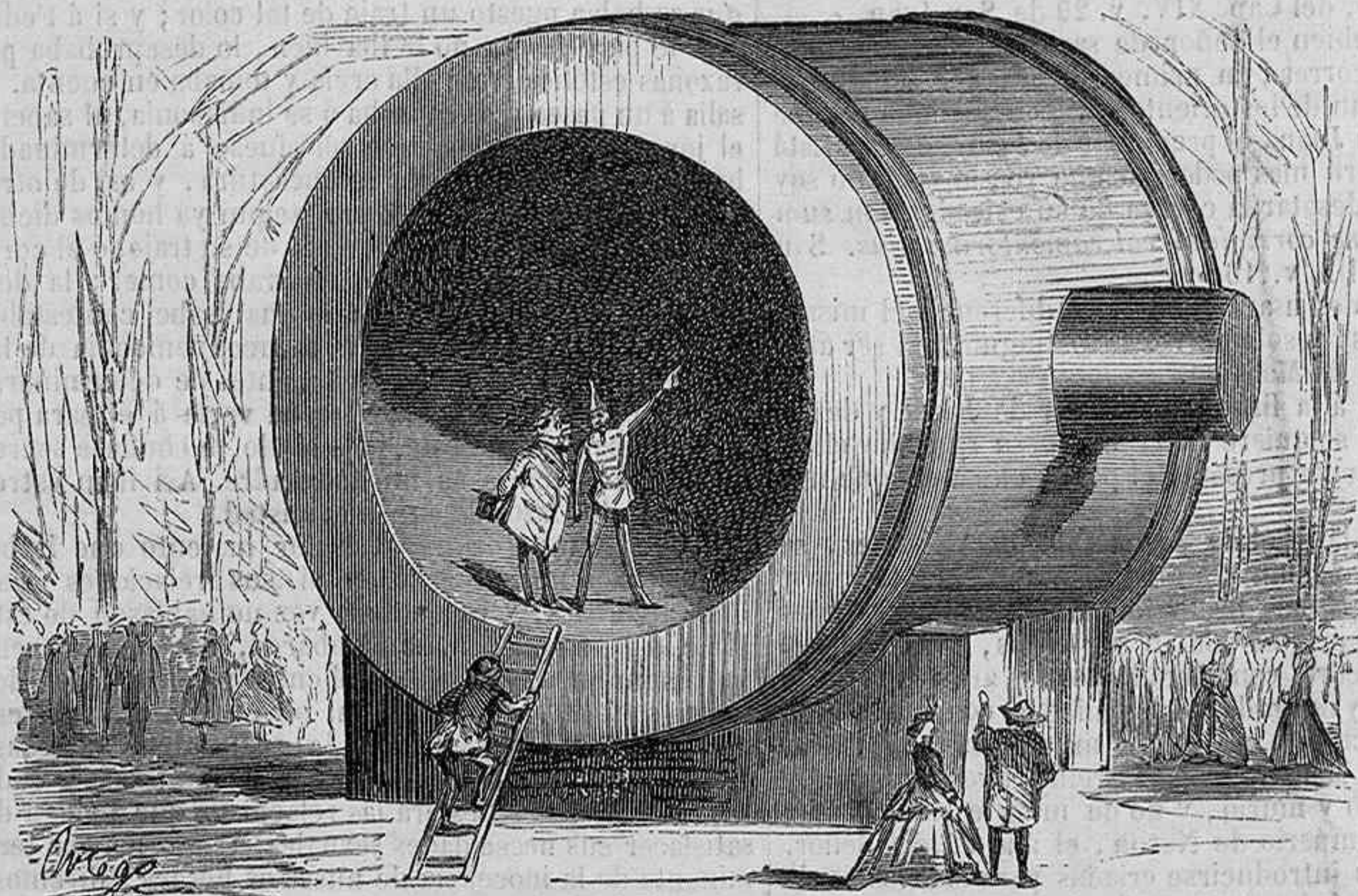
—En paz descansa, contestó el marqués. Mientras te levantas, ruega á Dios por su alma.

Un estremecimiento convulsivo volvió á correr por el cuerpo de la jóven, que dejándose caer en la cama, y abrazándose con la sábana, lloraba á lágrima viva diciendo:—«¡Federico, Federico, pobre Federico, desdichado Federico!»

Asi pasó mucho tiempo. Cuando se pudo dominar, se vistió, compuso su semblante y fué á buscar á su padre, al cual halló acompañando al industrial, que al verla se levantó á hablarla, cosa que le impidió hacer un nudo que en aquel momento se le atravesó en la garganta. Isabel volvió á conmoverse é indudablemente hubiera tenido una esplosion sentimental, si la presencia de su padre no le hubiese dado fuerzas para contenerse. El marqués hizo sentar al industrial. Ella le apretó afectuosamente la mano.

—Don Federico, dijo, siento vivamente la nueva desgracia de usted. No intentaré consolarle, porque no sabria que decirle. El que ha pasado como yo por estas aflicciones, halla difícilmente palabras con que

ALMANAQUE LITERARIO DE EL MUSEO UNIVERSAL.



ESPOSICION DE PARIS EN 1867.

—¡ Hermosa pieza! Supongo que ésta no podrá montarse en ningún buque.
 —No, señor: el buque irá dentro del cañon, como una especie de salva-vidas. Este cañon se trasladará de una parte á otra por medio de un globo aerostático, y se disparará desde lo alto de la atmósfera sobre las ciudades sitiadas, las cuales quedarán reducidas á polvo al primer disparo.
 —¡ Hombre! ¡ Eso será magnífico!



MODAS PARA 1867.

Señoras y caballeros:
 vuestra locura me asombra...
 ¡ sombreros que no dan sombra
 son ya sombra de sombreros!
 ¿ Qué vais mañana á poneros,
 dado que os vuelva á ocurrir
 el sombrero reducir?
 Los calvos no habrán consuelo,
 y los que tuvieren pelo,
 en pelo van á salir.

mitigar el dolor que causan. Sólo tiene lágrimas con que acompañarlo.

Al decir esto, lloraba silenciosamente. El marqués contó á su hija los últimos instantes de la madre, y los dos hicieron lo posible para calmar á Federico, que silencioso como en la muerte de su padre, parecía dudar de lo que le estaba pasando. A las seis de la madrugada le aconsejaron que descansase un poco, tomando antes un ligero alimento. Inmediatamente, el marqués mandó llamar á un amigo íntimo del industrial, para ver entre los dos cómo podría distraerse mejor durante los primeros días, siendo de parecer que una vez enterrada la madre, le llevasen á dar un paseo por el extranjero.

Federico se levantó, tomó una taza de caldo y despidiéndose del marqués, volvió á su casa. Aunque estaba muy pálido, dominaba bastante su dolor. No viendo á Isabel, encargó á su padre le agradeciese los buenos afectos que le había mostrado. En su casa, dispuso todo lo necesario para el entierro de la madre. Hicieron las invitaciones, y á las once empezaba en la iglesia parroquial el oficio de difuntos, estando presente el cadáver: Isabel había vacilado mucho en ir, temiendo el efecto que podía hacerle; pero se decidió, y fué con

su padre. No eran infundados sus temores. La capilla entutada, el recogimiento de la asistencia, las voces quejumbrosas de la comunidad, sea que le renovasen el dolor de la muerte de su madre, sea que la escitasen otras pasiones, la impresionaron hondamente, teniéndola en lágrimas durante todo el sacrificio. La jóven, acabó de pasar aquel día en una completa tristeza.

El marqués, empeñado en distraer á Federico, no paró hasta que le vió partir para París, acompañado de aquel amigo suyo. Entonces Isabel cayó en tan grande melancolía, que pasaba los días llorando y soñando. Se había olvidado de sus antiguas y habituales tareas domésticas; no escribía á sus amigas; dejaba de leer; se había retirado completamente de las tertulias de su padre, en términos que las mujeres dejaron de ir. Notó el marqués la enfermedad de su hija y quiso remediarla; pero fue en vano, porque era moral y la medicina no podía con ella. Se quejó de su comportamiento á la jóven, la suplicó, la mimó, todo á fin de que procurase animarse y aliviarse. Todo fue tambien inútil. El marqués se preocupó. Había atribuido antes aquellos efectos al sentimiento de la muerte de su esposa, renovado con la muerte de la madre de Fe-

derico; pero tanto se agravaron, que sospechó pudiese haber en aquella enfermedad una complicacion inesperada.

(Se continuará.)

LUIS CARRERAS

ADVERTENCIA.

Con este número de EL MUSEO, se reparten á todos los señores suscritores por año, los billetes que les corresponden para la rifa de los dos cuadros ofrecidos como regalo.

Corresponde un billete con seis números á cada suscriptor, entregándose dichos cuadros al que presente el billete que contenga el número igual al que obtuviere el premio mayor de la lotería en el sorteo que se ha de celebrar en Madrid el 22 de este mes.

Las reclamaciones se atenderán hasta el día 21, víspera del sorteo, á cuyo efecto queda nota en esta redaccion de los números que corresponden á cada suscriptor ó corresponsal.

Igualmente, se reparte con el número de hoy el prospecto de EL MUSEO para 1867, y rogamos á nuestros constantes suscritores y personas que se interesan en el mejor éxito de nuestro semanario, se sirvan darle toda la publicidad posible.

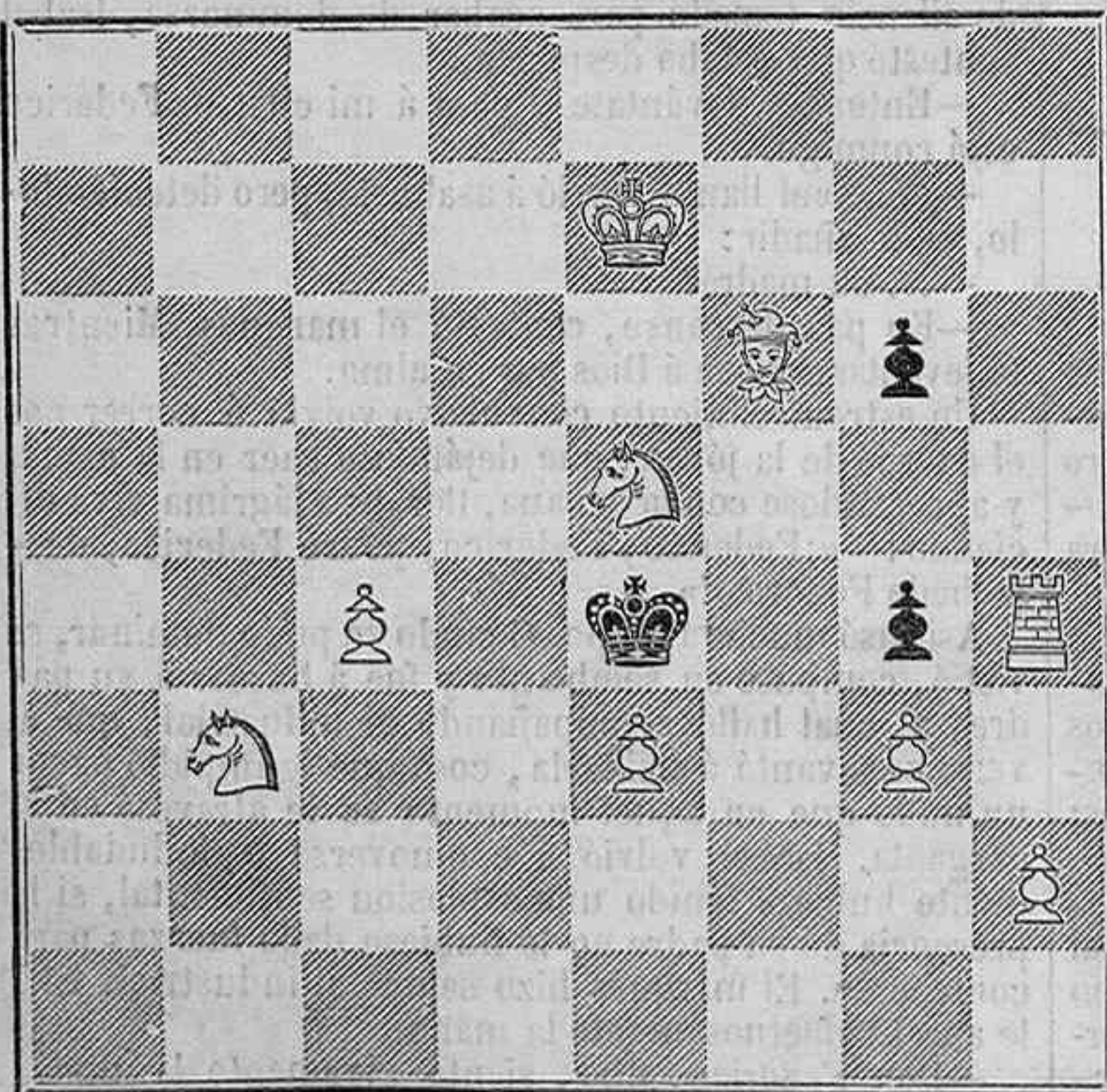
Al mismo tiempo, deseamos que se sirvan avisarnos cuanto antes la renovacion de la suscripcion, con el fin de remitirles el *Almanaque*, ofrecido tambien como regalo, y del que se dan en el presente número algunos grabados de muestra.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 68.

POR D. V. LOPEZ NAVALON.

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA 67.

Blancos. Negros.

- 1.ª R 5 A D
- 2.ª C 5 A D jaq.
- 3.ª T 5 A R jaq. mate.
- 1.ª R 5 R (A) (B)
- 2.ª R 4 R

(A)

- 1.ª P 5 D
- 2.ª T 5 R R jaq. mate.
- 1.ª P T C
- 2.ª Cualquiera.

(B)

- 1.ª T 5 A R jaq.
- 2.ª C 5 A D jaq. mat.
- 1.ª P 7 C R
- 2.ª R 5 R

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Lerroux y Lara, E. Castro, R. Cane-do, J. Gonzalez, G. Dominguez, de Madrid.—Casino de Artesanos de Moguer.—C. Mieg, M. Cuesta, y A. M. Fernandez, de Gijon.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXXV.

- 1.ª A c A R
- 2.ª C 4 A t P
- 3.ª R t P R jaq.
- 4.ª P ó A jaq. mate.
- 1.ª P 5 D (A)
- 2.ª R 4 C
- 3.ª R 5 A ó A T D

(A)

- 1.ª C 7 A D jaq.
- 2.ª A 6 D
- 3.ª P j Mate.
- 1.ª R 4 C D
- 2.ª R 5 A D
- 3.ª P 4.ª C D

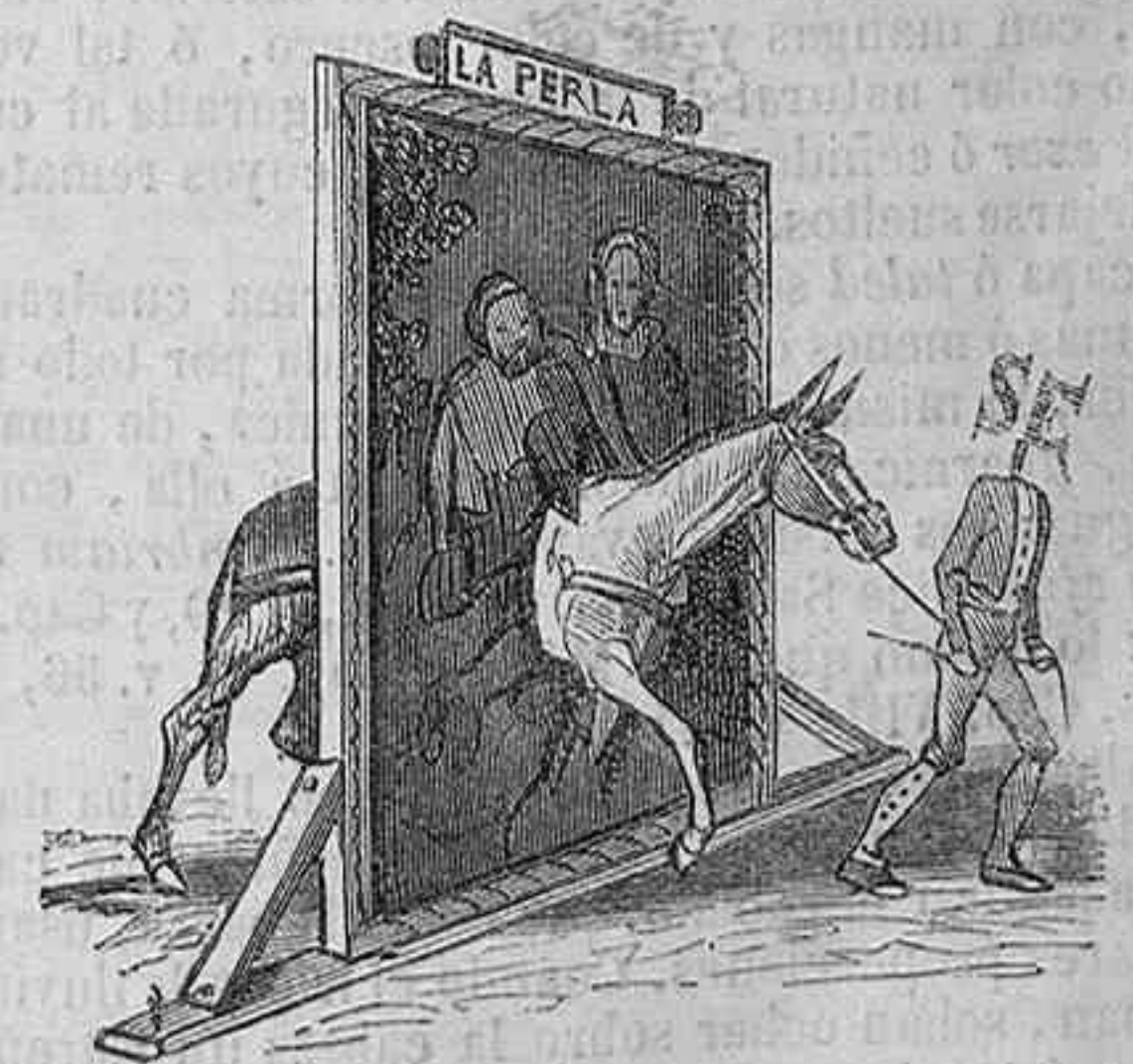
(B)

- 1.ª C 7 A D jaq.
- 2.ª T 8 T R
- 3.ª T jaq. mate.
- 1.ª R 4 C D
- 2.ª R 5 T D
- 3.ª Cualquiera.

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Zafra, R. Garces, F. Gonzalez, F. Al-ba, M. Lerroux y Lara, E. Castro, de Madrid.—J. S. Fabregas, de Tarragona.—Casino de Artesanos de Mo-guer.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
 IMPRENTA DE GASPARY ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.